



Pastoral Familiar

“El anuncio cristiano relativo a la familia es verdaderamente una buena noticia”
AL 1

Realidad y desafíos de las familias

Amoris Laetitia - Capítulo II

CONTENIDO

A. SITUACIÓN ACTUAL DE LA FAMILIA

B. ALGUNOS DESAFÍOS



INTRODUCCIÓN

Si bien es cierto que el capítulo II de *Amoris Laetitia* abarca la realidad de hoy a nivel mundial, imposible no detenernos para situarnos en el tiempo de la pandemia. Son las familias quienes se están llevando la peor parte de la crisis, se han visto obligadas a proteger a sus miembros, a cuidar de sus hijos que no pueden asistir a la escuela, y a continuar con sus responsabilidades laborales.

Las familias se encuentran en el centro de las interacciones intergeneracionales. En tiempos de agitación económica, la pobreza se agudiza. Con la incertidumbre el estrés aumenta, lo que a menudo resulta en una violencia creciente contra las mujeres, las niñas y los niños. Por este motivo, es imperativo que demos el mayor apoyo a las familias vulnerables, a aquellas que han perdido sus ingresos, a las que habitan en viviendas inadecuadas, a las que tienen niños pequeños, personas mayores o personas con discapacidad a su cargo.

En estos momentos, en los que el mundo lucha por dar respuesta a la crisis de Covid/19, tenemos la oportunidad real de repensar y transformar la forma en que funcionan nuestras economías y sociedades para fomentar una mayor igualdad para todos. Por supuesto, los mismos derechos para todos, hombres y mujeres, no se lograrán sin una mayor igualdad en el seno de las familias.

Una vez más el pensamiento del Papa Francisco, en un presente dominado por el miedo y el aislamiento debido a la actual epidemia del coronavirus, se dirige a las familias. "Estoy pensando en las familias, encerradas, los niños no van a la escuela, tal vez los padres no pueden salir, algunos estarán en cuarentena. Que el Señor les ayude a descubrir nuevos modos, nuevas expresiones de amor, de convivencia en esta nueva situación". Agregó, "es una hermosa oportunidad para redescubrir los verdaderos afectos con creatividad en la familia. Oremos por la familia, reiteró, para que las relaciones en este momento florezcan siempre para el bien".

A. SITUACIÓN ACTUAL DE LA FAMILIA

La cultura actual y la familia

Los cambios antropológicos-culturales han provocado que hoy los individuos sean menos apoyados que en el pasado por las estructuras sociales en su vida afectiva y familiar (Cf. AL 32).

Hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto. Esto puede generar dentro de las familias dinámicas de intolerancia y agresividad (Cf. AL 33).

Por otro lado, el ritmo de vida actual, el estrés, la organización social y laboral son factores culturales que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes. La familia puede llegar a convertirse en un lugar de paso, al que uno acude cuando le parece conveniente para sí mismo, o donde uno va a reclamar derechos, mientras los vínculos quedan abandonados a la precariedad voluble de los deseos y las circunstancias (Cf. AL 34).

En ese contexto, el ideal matrimonial, con un compromiso de exclusividad y de estabilidad, termina siendo arrasado por las conveniencias circunstanciales o por los caprichos de la sensibilidad. Los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano (Cf. AL 35).



Al mismo tiempo tenemos que ser realistas, para reconocer que, a veces, nuestro modo de presentar las convicciones cristianas, y la forma de tratar a las personas no han sido apropiados, por lo cual hemos de pensar: Con frecuencia ponemos un acento casi excluyente en el deber de la procreación del matrimonio. No hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años. Otras veces, hemos presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto y lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales (Cf. AL 36).

Durante mucho tiempo creímos que con sólo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias. Tenemos dificultad para presentar el matrimonio como un camino dinámico de desarrollo y realización, como vocación, más que como un peso a soportar toda la vida. Nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas (Cf. AL 37).

En contraposición, a lo anterior, se aprecia que la Iglesia ofrece espacios de acompañamiento y asesoramiento sobre cuestiones relacionadas con el crecimiento del amor, la superación de los conflictos o la educación de los hijos.

Muchos estiman la fuerza de la gracia que experimentan en la Reconciliación sacramental y en la Eucaristía, que les permiten sobrellevar los desafíos del matrimonio y la familia. En el mundo actual también se aprecia el testimonio de los matrimonios que no solo han perdurado en el tiempo, sino que siguen sosteniendo un proyecto común y conservan el afecto. Esto abre la puerta a una pastoral positiva, acogedora, que posibilita una profundización gradual de las exigencias del Evangelio (Cf. AL 38).

Hemos de reconocer una decadencia cultural que no promueve el amor y la entrega. Existen diversos síntomas de la “cultura de lo provisorio”: La velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. El temor que despierta la perspectiva de un compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con los objetos y el medio ambiente: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva (Cf. AL 39).

El matrimonio

El Papa Francisco denuncia una cultura tal que empuja a muchos jóvenes a no poder formar una familia porque están privados de oportunidades de futuro. Sin embargo, esa misma cultura concede a muchos otros, por el contrario, tantas oportunidades, que también ellos se ven disuadidos de formar una familia. En algunos países, muchos jóvenes a menudo son llevados a posponer la boda por problemas de tipo económico, laboral o de estudio. O por otras razones, como: La influencia de las ideologías que desvalorizan el matrimonio y la familia, la experiencia del fracaso de otras parejas a la cual ellos no quieren exponerse, el miedo hacia algo que consideran demasiado grande y sagrado, las oportunidades sociales y las ventajas económicas derivadas de la convivencia, una concepción puramente emocional y romántica del amor, el miedo de perder su libertad e independencia, el rechazo de todo lo que es concebido como institucional y burocrático (Cf. AL 40).

Los padres sinodales se refirieron a las actuales tendencias culturales que parecen imponer una afectividad sin límites, una afectividad narcisista, inestable y cambiante que no ayuda siempre a los sujetos a alcanzar una mayor madurez. Están preocupados por “una cierta difusión de la pornografía y de la comercialización del cuerpo, favorecida entre otras cosas por un uso desequilibrado de Internet”, y por “la situación de las personas que se ven obligadas a practicar la prostitución”. En este contexto, “los cónyuges se sienten a menudo inseguros, indecisos y les cuesta encontrar los modos para crecer. Son muchos los que suelen quedarse en los estadios primarios de la vida emocional y sexual. La crisis de los esposos desestabiliza la familia y, a través de las separaciones y los divorcios, puede llegar a tener serias consecuencias para los adultos, los hijos y la sociedad, debilitando al individuo y los vínculos sociales” (AL 41).

La natalidad

Se está produciendo, sobre todo en los países más desarrollados, un descenso demográfico debido a una mentalidad antinatalista y promovido por políticas mundiales de salud reproductiva. Esta situación compromete la continuidad de las generaciones. Se corre el riesgo de que con el tiempo lleve a un empobrecimiento económico y a una pérdida de esperanza en el futuro. El avance de las biotecnologías también ha tenido un fuerte impacto sobre la natalidad.

Pueden agregarse otros factores como la industrialización, la revolución sexual, el miedo a la superpoblación, los problemas económicos. La sociedad de consumo también puede disuadir a las personas de tener hijos solo para mantener su libertad y estilo de vida. La conciencia recta de los esposos puede orientarlos a la decisión de limitar el número de hijos por motivos suficientemente serios, pero la Iglesia rechaza con todas sus fuerzas las intervenciones coercitivas del Estado en favor de la anticoncepción, la esterilización e incluso del aborto (Cf. AL 42).

La soledad y el abandono

Una de las mayores pobreza de la cultura actual es la soledad, fruto de la ausencia de Dios en la vida de las personas y de la fragilidad de las relaciones. Hay una sensación general de impotencia frente a la realidad socioeconómica que a menudo acaba por aplastar a las familias. Con frecuencia, las familias se sienten abandonadas por el desinterés y la poca atención de las instituciones.



Las consecuencias negativas son evidentes: La crisis demográfica, las dificultades educativas, la fatiga a la hora de acoger la vida naciente, sentir la presencia de los ancianos como un peso, malestar afectivo que a veces llega a la violencia.

El Estado tiene la responsabilidad de crear las condiciones legislativas y laborales para garantizar el futuro de los jóvenes y ayudarlos a realizar su proyecto de formar una familia (Cf. AL 43).

Los derechos de las familias

El Papa Francisco insiste en los derechos de la familia, y no solo en los derechos individuales. La familia es un bien del cual la sociedad no puede prescindir, pero necesita ser protegida. La defensa de estos derechos es una llamada profética en favor de la institución familiar que debe ser respetada y defendida contra toda agresión, sobre todo en el contexto actual donde suele ocupar poco espacio en los proyectos políticos.

Las familias tienen, entre otros, el derecho a:

Una adecuada política familiar por parte de las autoridades públicas en el terreno jurídico, económico, social y fiscal. A veces son dramáticas las angustias de las familias cuando, frente a la enfermedad de un ser querido, no tienen acceso a servicios adecuados de salud, o cuando se prolonga el tiempo sin acceder a un empleo digno. El actual sistema económico produce diversas formas de exclusión social, imposibilitando el acceso de muchas familias a la educación, la vida cultural y la vida social activa.

Vivienda digna. La falta de una vivienda digna o adecuada suele llevar a postergar la formalización de una relación. Hay que recordar que la familia tiene derecho a una vivienda decente, apta para la vida familiar y proporcionada al número de sus miembros, en un ambiente físicamente sano, que ofrezca los servicios básicos para la vida de la familia y de la comunidad. Una familia y un hogar son dos cosas que se reclaman mutuamente.

Trabajo decente. Las familias sufren en particular los problemas relativos al trabajo. Las posibilidades para los jóvenes son pocas y la oferta de trabajo es muy selectiva y precaria. Las jornadas de trabajo son largas y, a menudo, agravadas por largos tiempos de desplazamiento. Esto no ayuda a los miembros de la familia a encontrarse entre ellos y con los hijos, a fin de alimentar cotidianamente sus relaciones (Cf. AL 44).

La infancia

Con respecto a la infancia, el Papa Francisco destaca como preocupantes las siguientes situaciones:



Los niños que nacen fuera del matrimonio o los que crecen en familias monoparentales o reconstituidas.

La explotación sexual de la infancia constituye una de las realidades más escandalosas y perversas de la sociedad actual. El abuso sexual de los niños se torna todavía más escandaloso cuando ocurre en los lugares donde deben ser protegidos, particularmente en las familias y en las escuelas y en las comunidades e instituciones cristianas.

El llamado fenómeno de los niños de la calle que crece en las sociedades golpeadas por la violencia a causa de la guerra, del terrorismo o de la presencia del crimen organizado (Cf. AL 45).

Las migraciones

Las migraciones son otro fenómeno con importantes consecuencias sobre la vida familiar. La movilidad humana puede revelarse una auténtica riqueza, tanto para la familia que emigra como para el país que la acoge. Otra cosa es la migración forzada de las familias como consecuencia de situaciones de guerra, persecuciones, pobreza, injusticia, marcada por las vicisitudes de un viaje que a menudo pone en riesgo la vida, traumatiza a las personas y desestabiliza a las familias. Las experiencias migratorias resultan especialmente dramáticas y devastadoras, tanto para las familias como para las personas, cuando tienen lugar fuera de la legalidad y son sostenidas por los circuitos internacionales de la trata de personas. También cuando conciernen a las mujeres o a los niños no acompañados, obligados a permanencias prolongadas en lugares de pasaje entre un país y otro, en campos de refugiados, donde no es posible iniciar un camino de integración. La extrema pobreza, y otras situaciones de desintegración, inducen a veces a las familias incluso a vender a sus propios hijos para la prostitución o el tráfico de órganos.

El acompañamiento de los migrantes exige una pastoral específica, dirigida tanto a las familias que emigran como a los miembros de los núcleos familiares que permanecen en los lugares de origen. Esto se debe llevar a cabo respetando sus culturas, la formación religiosa y humana de la que provienen, así como la riqueza espiritual de sus ritos y tradiciones, también mediante un cuidado pastoral específico. Las persecuciones de los cristianos, así como las de las minorías étnicas y religiosas, en muchas partes del mundo, especialmente en Oriente Medio, son una gran prueba: no solo para la Iglesia, sino también para toda la comunidad internacional. Todo esfuerzo debe ser apoyado para facilitar la permanencia de las familias y de las comunidades cristianas en sus países de origen (Cf. AL 46).

La discapacidad

La discapacidad de alguno de sus miembros genera en las familias un desafío, profundo e inesperado, y desbarata los equilibrios, los deseos y las expectativas. Las personas con discapacidad son para la familia un don y una

oportunidad para crecer en el amor, en la ayuda recíproca y en la unidad. Merecen una gran admiración las familias que aceptan con amor la difícil prueba de un niño discapacitado. Ellas dan a la Iglesia y a la sociedad un valioso testimonio de fidelidad al don de la vida. La familia que acepta con los ojos de la fe la presencia de personas con discapacidad podrá reconocer y garantizar la calidad y el valor de cada vida, con sus necesidades, sus derechos y sus oportunidades. Dicha familia proveerá asistencia y cuidados, y promoverá compañía y afecto, en cada fase de la vida (Cf. AL 47).

Los ancianos

En las sociedades altamente industrializadas donde la tasa de natalidad disminuye mientras que va en aumento el número de ancianos, estos corren el riesgo de ser percibidos como un peso. Por otro lado, los cuidados que requieren a menudo ponen a dura prueba a sus seres queridos. Es preciso valorar la fase final de la vida porque en la sociedad actual se trata de cancelar de todos los modos posibles el momento del tránsito. La fragilidad y la dependencia del anciano a veces son injustamente explotadas para sacar ventaja económica.

Por otra parte, la eutanasia y el suicidio asistido son graves amenazas para las familias de todo el mundo. Su práctica es legal en muchos países. La Iglesia, mientras se opone firmemente a estas prácticas, siente el deber de ayudar a las familias que cuidan de sus miembros ancianos y enfermos. Y frente a estas situaciones, numerosas familias nos enseñan que se pueden afrontar los últimos años de la vida valorizando el sentido del cumplimiento y la integración de toda la existencia en el misterio pascual. Un gran número de ancianos es acogido en estructuras eclesiales, donde pueden vivir en un ambiente sereno y familiar en el plano material y espiritual (Cf. AL 48).

La pobreza

Muchas familias viven sumidas en la miseria. En las difíciles situaciones que viven las personas más necesitadas, la Iglesia debe tener un especial cuidado para comprender, consolar, integrar, evitando imponerles una serie de normas como si fueran una roca, con lo cual se consigue el efecto de hacer que se sientan juzgadas y abandonadas precisamente por esa Madre que está llamada a acercarles la misericordia de Dios. De ese modo, en lugar de ofrecer la fuerza sanadora de la gracia y la luz del Evangelio, algunos quieren “adoctrinarlo”, convertirlo en “piedras muertas para lanzarlas contra los demás”.

El Papa Francisco señala a modo de ejemplo a aquella mujer que debe criar sola a su hijo, por una separación o por otras causas, y debe trabajar sin la posibilidad de dejarlo con otra persona, el niño crece en un abandono que lo expone a todo tipo de riesgos, y su maduración personal queda comprometida (Cf. AL 49).

B. ALGUNOS DESAFÍOS

Uno es la función educativa, que se ve dificultada, entre otras causas, porque los padres llegan a su casa cansados y sin ganas de conversar, en muchas familias ya ni siquiera existe el hábito de comer juntos, y crece una gran variedad de ofertas de distracción además de la adicción a la televisión. Esto dificulta la transmisión de la fe de padres a hijos.

Las familias suelen estar enfermas por una enorme ansiedad. Parece haber más preocupación por prevenir problemas futuros que por compartir el presente. Esto, que es una cuestión cultural, se agrava debido a un futuro profesional incierto, a la inseguridad económica, o al temor por el porvenir de los hijos (Cf. AL 50).

La experiencia en este campo con la situación pandémica, sin duda, dará un vuelto a este desafío. Será mejor atendido desde el seno familiar. Padres e hijos en comunicación con sus tareas laborales y educativas han podido hacer un reconocimiento de la dulzura del tiempo compartido.

La drogodependencia es una de las plagas de nuestra época, que hace sufrir a muchas familias, y no pocas veces termina destruyéndolas. Algo semejante ocurre con el alcoholismo, el juego y otras adicciones. La familia podría



ser el lugar de la prevención y de la contención, pero la sociedad y la política no terminan de percatarse de que una familia en riesgo “pierde la capacidad de reacción para ayudar a sus miembros. Notamos las graves consecuencias de esta ruptura en familias destrozadas, hijos desarraigados, ancianos abandonados, niños huérfanos de padres vivos, adolescentes y jóvenes desorientados y sin reglas” (Cf. AL 51).

Situaciones que debilitan la familia:

Debilitar a la familia como sociedad natural no favorece a la sociedad. Ocurre lo contrario: perjudica la maduración de las personas, el cultivo de los valores comunitarios y el desarrollo ético de las ciudades y de los pueblos. Entre las situaciones que pueden debilitar a la familia:

- Uniones, que no pueden equipararse, sin más, al matrimonio. Ninguna unión cerrada a la comunicación de la vida nos asegura el futuro de la sociedad.
- En algunas sociedades todavía está en vigor la práctica de la poligamia.
- En otros contextos, la práctica de los matrimonios combinados.
- Las relaciones prematrimoniales o las convivencias no orientadas a asumir la forma de un vínculo institucional.
- En varios países, la legislación facilita el avance de una multiplicidad de alternativas, de manera que un matrimonio con notas de exclusividad, indisolubilidad y apertura a la vida termina apareciendo como una oferta anticuada entre muchas otras.
- Avanza en muchos países una deconstrucción jurídica de la familia que a veces lleva al desprecio del matrimonio.

En esta breve mirada a la realidad, el Papa señala que, aunque ha habido notables mejoras en el reconocimiento de los derechos de la mujer y en su participación en el espacio público, no se terminan de erradicar costumbres inaceptables como:

- Violencia sobre las mujeres, el maltrato familiar y otras formas de esclavitud.
- La mutilación genital de la mujer en algunas culturas.
- La desigualdad del acceso a puestos de trabajo dignos y a los lugares donde se toman las decisiones.
- La instrumentalización y mercantilización del cuerpo femenino en la actual cultura mediática

El varón «juega un papel igualmente decisivo en la vida familiar, especialmente en la protección y el sostenimiento de la esposa y los hijos. La ausencia del padre marca severamente la vida familiar, la educación de los hijos y su integración en la sociedad. Su ausencia puede ser física, afectiva, cognitiva y espiritual. Esta carencia priva a los niños de un modelo apropiado de conducta paterna (Cf. AL 52-55).

Otro desafío surge de diversas formas de una ideología, genéricamente llamada *gender*, que niega la diferencia y la reciprocidad natural de hombre y de mujer. Esta ideología lleva a proyectos educativos y directrices legislativas que promueven una identidad personal y una intimidad afectiva radicalmente desvinculadas de la diversidad biológica entre hombre y mujer. La identidad humana viene determinada por una opción individualista, que también cambia con el tiempo. Es inquietante que algunas ideologías de este tipo, que pretenden responder a ciertas aspiraciones a veces comprensibles, procuren imponerse como un pensamiento único que determine incluso la educación de los niños. No hay que ignorar que el sexo biológico y el papel sociocultural del sexo (*gender*), se pueden distinguir pero no separar.

Por otra parte, “la revolución biotecnológica en el campo de la procreación humana ha introducido la posibilidad de manipular el acto generativo, convirtiéndolo en independiente de la relación sexual entre hombre y mujer. De este modo, la vida humana, así como la paternidad y la maternidad, se han convertido en realidades componibles

y descomponibles, sujetas principalmente a los deseos de los individuos o de las parejas.

No caigamos en el pecado de pretender sustituir al Creador. Somos creaturas, no somos omnipotentes. Lo creado nos precede y debe ser recibido como don. Al mismo tiempo, somos llamados a custodiar nuestra humanidad, y eso significa ante todo aceptarla y respetarla como ha sido creada (Cf. AL 56).

A pesar de todas estas situaciones que comprometen a las familias, Francisco finaliza este capítulo en un tono positivo, dando gracias a Dios porque muchas familias, que están lejos de considerarse perfectas, viven en el amor, realizan su vocación y siguen adelante, aunque caigan muchas veces a lo largo del camino.

Nos anima a cultivar una creatividad misionera que dé respuesta a ese interpelante “*collage*” formado por tantas realidades diferentes, colmadas de gozos, dramas y sueños. Las realidades que nos preocupan son desafíos. En todas las situaciones, la Iglesia siente la necesidad de decir una palabra de verdad y de esperanza. Los grandes valores del matrimonio y de la familia cristiana corresponden a la búsqueda que impregna la existencia humana.

Si bien es legítimo y justo que se rechacen viejas formas de familia “tradicional”, caracterizadas por el autoritarismo e incluso por la violencia, esto no debería llevar al desprecio del matrimonio sino al REDESCUBRIMIENTO DE SU VERDADERO SENTIDO Y A SU RENOVACIÓN (Cf. AL 57).

ME PREGUNTO Y COMPARTO:

1. ¿Cuáles son mis criterios frente a las realidades de la familia, que nos presenta el segundo capítulo de Amoris Laetitia: el matrimonio, la natalidad, las migraciones, la discapacidad, los ancianos y la pobreza?
2. ¿Qué compromiso tengo, en este momento, en cuanto a mi oración, mi vida familiar y mi trabajo con las familias?

Hna. Berta María Porras Fallas, TC